

De novelas que fundaron naciones (Una genealogía para R. Gallegos)

1

Mónica Marinone
Universidad Nacional de Mar del Plata

Es frecuente escuchar y leer acerca de una crisis de la idea de nación. El término subrayado resulta operativo si se parte de dos de sus acepciones -separación / juicio explicativo²- como posibles claves de lectura de dicha idea en relación con la escritura. Entre otras cosas, es pertinente hablar de crisis cuando se produce una 'separación', mediante la reflexión, entre una instancia original que supone cierta intención y el subsiguiente distanciamiento de la misma (Rodríguez-Vecchini: XII). A través de las acepciones elegidas se llega a la insistencia en producir discurso (explicativo) sobre este artefacto, ejercicio recurrente durante los últimos cuarenta años: desde narradores hasta politólogos, pasando por antropólogos, sociólogos, historiadores, críticos culturales, así como aquellos científicos

e intelectuales preocupados, como diría Geertz, por la “refiguración del pensamiento social”, han considerado, directa o indirectamente, la idea de nación, impulsados entre otros intereses, por la relevancia que, en el terreno de las ciencias sociales y humanas, han alcanzado el orden de la significación y de lo simbólico en lo que a organización, autopercepción y desarrollo de la vida de los individuos se refiere. Esta constante ayuda a especular sobre lo menos visible, quizás una de las determinantes de dicha continuidad interpretativa desde líneas diversas de investigación: su condición de fuerza ambivalente -aunque perdurable- en el ámbito de las representaciones culturales, ambivalencia que tal vez haya determinado esa perduración, la posibilidad de su resignificación y resemantización (y ahora es el cambio asociado al término crisis). Pues si bien es cierto que la ‘nación’ concebida a la manera decimonónica ha perdido el carácter de fuerte “referente identitario”(García Canclini) que asumiera en la experiencia histórica de los países occidentales, aun cuando se llega a plantear la posibilidad de prescindir de ella o se especula sobre morfologías sustitutas, se piensa en refuncionalizar su índole. Esta ambivalencia sin dudas, la reviste de un perfil enigmático fundado en la complejidad misma que conlleva cualquier acto de definición: como señalan sabiamente algunos juristas, la nación es más fácil de percibir que de definir, lo que probablemente le confiere su mérito, facilitar esas múltiples aproximaciones teóricas (esa producción de discurso) desveladas ya en lo descriptivo, lo reductivo y aun lo esotérico.

Cuando se circula por la abundante bibliografía centrada en la cuestión se llega a conclusiones redundantes en dicha ambivalencia³: la nación es una entidad a la vez orgánica y artificial, individual y colectiva, universal y particular, independiente y dependiente, ideológica y apolítica, trascendente y funcional, étnica y cívica, continua y discontinua, etc.(Delannoï). Pero si superado

el impacto inicial que genera la demasía, se realiza el esfuerzo por sistematizar los marcos conceptuales que la abordan surge, creo, lo más productivo: apropiándome de la generalización de un cientista podría decir que por un lado, están las aproximaciones “teóricas”, que usan criterios descriptivos, la distinguen de otras entidades y proceden comúnmente por suma de territorio, etnia, lengua, religión. Y por el otro, las aproximaciones “estéticas”, que operan por filiaciones, arquetipos, juegos de influencias: las rutinas, las costumbres o las artes expresarían la nación (De-lanno: 9). Desde mi perspectiva y objetos de estudio, me parece posible realizar una operatoria de síntesis sobrestimando esa cualidad ambivalente asociada a la de lo “vivido” que arrastra la idea, e insistir en su estudio partiendo de un supuesto formulado por algunos especialistas a veces tímidamente: en la concepción de una nación habría siempre una parte estética que escapa a la teoría y una parte teórica que escapa a la estética, teniendo de este modo, la prerrogativa de apropiaciones instrumentales y conceptuales relativas a ambas tendencias.

La nación me interesa menos como ficción jurídica que como “morfología unificadora”, constituida sobre la base de determinados principios de coherencia y cohesión⁴ (la nación es una construcción), y desarrollar su estudio a través de narrativas, más o menos cercanas a su condición de formadoras activas de imágenes y fantasías reparadoras, de proveedoras de modelos sociales, familiares y genéricos, siempre apelando a “discutir los mismos problemas que discute la sociedad pero de una manera que es la clave de todo” (Piglia: 84). El concepto morfología dialoga con el de “artefacto cultural”⁵ capaz de diseñarse y re-diseñarse delimitando territorios y fronteras, definiendo imágenes de amigos y enemigos o colecciones de objetos, textos y rituales, y cuyas funciones - encadenadas - serían la de fijar ciertos significados posibles hacia la creación de imaginarios,

así como la de suscitar adhesiones muy profundas. Producto de la destilación espontánea de un cruce complejo de fuerzas históricas, una vez creada, la nación deviene modular, capaz de ser transplantada con variados grados de autoconciencia, a una diversidad de terrenos sociales, para unir y ser unida con una variedad correspondientemente vasta de constelaciones políticas e ideológicas (Anderson). De ahí que, al producirse su aplicabilidad específica en diferentes tiempos y lugares, esto es, al fundarse naciones, se distribuye en morfologías aplicadas que definen, para actores individuales y colectivos, un nosotros lo más extenso posible (y entonces la nación también es un dato). En el contexto de la consolidación de los estados latinoamericanos, la nación tiende a convertirse en la comunidad de los individuos donde el reconocimiento de la legitimidad de unas reglas de juego les permiten (deben permitirles) en conjunto, llegar a ser los más diversos, a diferenciarse de otras comunidades.

Pensarla como morfología es verla como forma o figura y como “una idea, una imagen y una aspiración al mismo tiempo” (Baechler:15), diría, una necesidad y un deseo, lo que viabiliza la recuperación del concepto de escritura como práctica productora de significación, capaz de llenar vacíos o de corregir formas imperfectas, y a su vez, como espacialidad que constituyéndose respecto de un “real”, siempre se diferencia y distancia del mismo. Recordemos que la escritura, práctica doblemente modelizadora, en América Latina ha asumido casi un “valor mítico” (de Certeau:147): ha respondido a impulsos fundacionales, ordenadores o reformadores, apareciendo como instrumento de acción y de poder que -con renovados grados de significación a lo largo de los siglos- ha propiciado el diseño de marcos reguladores adecuados en el espacio tranquilizador de la página (una nación, por ejemplo) de acuerdo con ciertos modelos de razón productora.⁶ Y se ha instaurado como práctica

legitimadora por la cual ha sido posible, además de la comunicación, la disputa por o la defensa de lugares de enunciación generadores de sentido, de esquemas perceptivos y apreciativos. Y si la idea de unos orígenes es ineludible en relación con este artefacto por el lugar privilegiado que éstos tienen en la elaboración de todo imaginario nacional (Guerra: 97), respecto de nuestro continente lo parece más, justamente por ese conflicto referido entre construcciones discursivas y la imponentia de lo contingente, conflicto disparado por los escritos de Colón y manifiesto muchas otras veces, como en los textos de los letrados del XIX, entre los que destaco a los reformadores venezolanos durante la época de la emancipación. Entonces, la construcción (imaginaria) de la nación americana y una idea precoz de sociedad como conjunto se enfrentan con el desorden, el vacío o la imperfección de un real inabarcable, heterogéneo o desbordante (el objeto), particularidad que, en este caso, torna aún menos arbitraria mi apropiación de esa idea de nación como morfología, capaz de ser llenada y rectificad a través de una práctica cuyos productos resultan otra vez, los sueños a partir de materiales escritos a que aludiera Rama.

El trabajo sobre las novelas de Rómulo Gallegos ha sido para mí como para algunos críticos,⁷ un disparador de la reflexión sobre el gesto de diseñar una nación moderna a través de un discurso literario con zonas de un valor estético indiscutible, cuya fuerza activadora revela una vitalidad que aún perturba.⁸ Me ha permitido pensar además, en la contribución de un escritor a la definición y reacomodo del entramado cultural y simbólico de los grupos urbanos durante el impacto de la modernización violenta, época en que, para intelectuales como Gallegos, urge sustituir un orden recibido por uno producido y dirigir el paso a una modernidad realmente acabada o fase en que la vida social deviene objeto de la voluntad de todos, capaces por fin de au-

tolimitarse, fundar un sistema propio y salir de la “minoridad”, como Kant enseñara. Estas novelas, sin dudas, proponen una noción de poder fundado sobre una legitimidad diversa de la de una dominación establecida, siendo quizás la cifra de esa necesidad de saturar lo que Bhabha denomina la representación del sentido de lo nacional, desde lo que hace a la fisonomía (los terrores y placeres) del propio espacio, hasta los orígenes de un proceso de formación histórico-cultural, o la canalización simbólica de los estigmas (los terrores del otro).

Pero su estudio me ha conducido, además, a la escritura de los letrados de la emancipación, esos latinoamericanos abocados a completar lo incompleto a través de magistrales escritos políticos, sociológicos, jurídicos y pedagógicos. Algunos son nudos discursivos que irrigan, junto con muchos otros posteriores, también densos, el impulso ordenador-homogeneizador de Gallegos, abriendo y controlando sus ficciones literarias. Primero por su carácter modelizador y por la impronta constructivista fundacional. Además, porque en filigrana reafirman el encumbramiento de la escritura como instrumento de poder con alto grado de significación cuando se trata de diseñar órdenes convenientes en el espacio de la página. Un lugar donde se regulan o reproducen relaciones de fuerza asimétricas y se canalizan unas contradicciones muy fortalecidas con las ilusorias sociedades democráticas post-revolucionarias. Y entonces, porque ratifican la legitimidad de esta práctica a su vez legitimadora, cuyos productos resultan, como estas novelas de principios del XX, los mejores lugares para distribuir y excluir, conceder, seleccionar y disponer qué entra en el orden ‘civilizado’ y qué corresponde al caos, siempre desde cierto lugar de enunciación.

Carlos Fuentes, a fines de los ‘60, trazaba un arco Bolívar - Sarmiento - Gallegos centrándose en el conflicto civilización

- barbarie como el que simboliza los primeros cien años de la novela y de la sociedad latinoamericana, por la permanencia, mutatis mutandis, de un trasfondo político y social muy condicionante. Planteaba además, cierto paralelo respecto de la función del intelectual, señalando una situación clara de apogeo y otras de crisis. Sin considerar a Sarmiento en este caso,⁹ sin analizar trasfondos o coincidencias como formas de inserción social, perfil multifacético que suscita visiones totales de la sociedad o arraigo ideológico y filosófico en componentes ilustrados del liberalismo y a efectos de trazar brevemente cierta genealogía del proyecto de Gallegos, deseo insistir en la noción de proceso a partir de la escritura que, más allá de tipificaciones genéricas, suplanta vacíos o recompone órdenes y cuyas marcas orientan - reclaman la producción de nueva escritura (de más acción) en esa línea. Respecto de Simón Bolívar, esta práctica arrastra un fuerte carácter misional. Son hartamente conocidas su pasión por escribir¹⁰ y la notable cristalización de sus páginas, lanzadas a saturar no sólo la voluntad, sino la necesidad de llenado de la forma 'nación', entidad ausente cuya atracción convocante siempre se impone, porque es lo fervientemente deseado. Se percibe un ejercicio de fuerza imperativo como el bélico, impulsado además, por el afán de consagrar su autoconstruida imagen de líder de la "Patria Grande" soñada, por la posesión de un saber ligado a la concepción de la política como ética y a la función de esclarecimiento y formación de la opinión pública.¹¹ Podría decirse que Bolívar concentra la doble vertiente de la noción de letrado para el contexto de la colonización en Latinoamérica¹²: legítima intelectualmente la propia empresa, en este caso la emancipadora, y se hace cargo de lo concerniente a la organización política, legal y administrativa. La "Carta de Jamaica" es ejemplo del trazado, en un espacio uniforme, desde el nombre de una nación inabarcable y en parte desconocida, sus fronteras, su particular conformación cultural, hasta la imagen

de amigos y enemigos o las formas de gobierno adecuadas para cada parte de su territorio.¹³ Y su batería de escritos normativos revela la compulsión por decretar y reglamentar, por completar el armado de la forma deseada con un aparato que la sostenga constituyéndose en órgano de control y de poder.¹⁴ Todas muestras de su lucha ininterrumpida contra una incompletud latente y acuciante.

Este carácter misional lo comparten otros como Simón Rodríguez por ejemplo, para quien la escritura resulta, además, el ejercicio compensatorio de los proyectos inhibidos o abortados. Desde una lectura actual de ese horizonte discursivo afanado en completar, sus páginas siempre me parecen ineludibles. Operan a la manera de un plan de asalto intranquilizador como los avances bélicos de Bolívar, siendo parte instrumental por excelencia en la creación de las utópicas sociedades nuevas. Aunque lo interesante en Rodríguez es su certeza -su explicitación- del poder de las representaciones verbales en la construcción de los imaginarios (en la formación de opinión) y la posibilidad de existencia de dichas representaciones por el acto de instauración a través de la palabra, que, una vez escrita, desde su disposición formal, por una manipulación adecuada de la grafía y de los blancos empiece a operar.¹⁵ La letra intenta ser, en los escritos de Rodríguez, el sustituto fiel de su voz, un clamor que pretende llenar con la pócima de la Educación Social, esas formas vacías pero indispensables que componen una nación, sus ciudadanos.

Volviendo a Bolívar, está el afán totalizante que guía su práctica orientando ese proceso que, como señalé, coagula de manera renovada y sólo para Venezuela en las novelas de Gallegos. Su proyecto continentalista cuya dimensión excede lo previsible para ese momento es la muestra, aunque se vislumbra como marca de su escritura, al incluir-controlar un todo (desde

distintas perspectivas), cuyas partes -siempre precisadas- se articulen e interactúen en sutil equilibrio (pesan en esta concepción sus lecturas de Montesquieu) y desde una perspectiva omnisciente y todopoderosa (como las del barón de von Humboldt). Este afán es casi una obsesión cristalizada en su gesto integracionista: Bolívar no sólo reflexiona sobre la composición cultural heterogénea de estas comunidades,¹⁶ sino que escribe / inscribe a los negros y a los indígenas como partes constitutivas de la entidad que funda y reglamenta, una concesión que, más allá de consecuencias y motivaciones, fija por la letra y la ley las imágenes de unas presencias muy inquietantes para su sector.¹⁷ Esos otros perturbadores, absorbidos por el orden de la escritura, empiezan así a ser civilizados - blanqueados a imagen de un modelo instaurado desde su lugar de enunciación: gesto inaugural que asienta el carácter salvífico del mestizaje como principio de la armonía futura (y la necesidad de su aceptación como hecho ineludible): “La sangre de nuestros ciudadanos es diferente; mezclémosla para unirla”.¹⁸

Pero está además, lo sugerido o explicitado por Bolívar y Rodríguez que, creo, resulta lo más convocante. Me refiero a la autoconciencia del fracaso, podría decirse, la puesta en letra de la incompletud en tanto vivencia, y entonces, la manifestación de la imposibilidad de constituir la forma tan deseada. “He arado en el mar...”, “Ud. puede considerar si un hombre que ha sacado de la revolución las anteriores conclusiones por todo fruto, tendrá ganas de ahogarse nuevamente después de haber salido del vientre de la ballena...”, “...nada puede un pobre hombre contra un mundo entero...”.¹⁹ Son frases de Bolívar que resumen y anticipan el fracaso materializado, durante el “tiempo de desaliento” posterior a la euforia independentista, en acontecimientos muy concretos (su muerte, las guerras civiles o la formación de estados nacionales redundantes en políticas

separatistas y de exclusión) que Simón Rodríguez padece (“Por querer hacer mucho no he hecho nada y por querer valer a otros he llegado a términos de no valerme a mí mismo”).²⁰

Por qué empleo el término convocante: en la lectura de un proceso de configuración escriturario me parece que esta autoconciencia del fracaso, tan impactante en el discurso de Bolívar, como la lucidez desgarradora de la inutilidad -inmediata- de todas y cada una de las demandas o acciones en los ensayos de Rodríguez, deben leerse en diálogo con el componente programático siempre presente: “Si mi muerte contribuye para que... se consolide la Unión,...bajaré tranquilo al sepulcro.”²¹ Pienso que la tensión que se vislumbra por momentos en estos escritos, instaurada por la muestra de una imposibilidad asociada a la reafirmación de un proyecto suspendido -que entonces espera cumplimiento-, es una de las marcas poderosamente atrayentes que orienta la producción de nueva escritura lanzada a corregir formas vigentes, pero perfectibles, que se apropia de este imaginario creado, atrayente y deseado, hacia el cumplimiento de la “promesa de felicidad”, principio potentísimo de la Ilustración.

Gallegos se inscribe en esta línea para Venezuela, apostando al gesto narrativo como medio para insertar sus proyectos, crear imaginarios alternativos, movilizar la energía colectiva y además, afianzar cierta representatividad. Cumple así con lo que otro maestro del XIX ansiaba (y no me refiero a Sarmiento y su preocupación por sentar bases de una literatura nacional y procesos constructivos que hicieran destellar las nuevas sociedades americanas).²² Pienso en Bello, quien no sólo brega por la estabilización lingüística de las naciones recientes o construye sus marcos jurídicos y normativos, sino que canoniza el contar y la novela respecto de la génesis de una conciencia nacional,

siempre en relación con un reconocimiento de la historia. Bello no escribe novelas, pero conoce el grado definitivo de desarrollo que alcanza en Europa, en sociedades modernas donde la Educación ya opera como uno de los instrumentos preferidos de control social, a través de la regulación del tiempo libre de los ciudadanos, y donde grupos de educadores reformistas consideran adecuada su lectura por desplazar prácticas menos convenientes y por proveer modelos sociales, familiares y genéricos.²³

Gallegos es uno de los que atiende a la necesidad de rectificación de la forma hacia lo deseado, una nación plenamente moderna, movido también por una concepción de la escritura como instrumento de acción, cuyos productos sirven para algo ("...si alguna función útil desempeña una novela (es la de) descubrir alguna inteligencia ordenadora").²⁴ La escritura vuelve a ser la práctica ordenadora - perfeccionadora, que arrastra un fuerte carácter misional, útil, cuando es necesario educar la mirada de los lectores urbanos de su tiempo, que cristaliza en unas realidades múltiples y complejas, también tensadas: entre la muestra de fracturas lingüísticas, culturales y territoriales casi irreductibles, una vigencia de modelos políticos hipertrofiados, violencia o exclusión y la sugerencia de una acción discursiva²⁵ fundada en impulsos optimistas, orientada a producir mundos abiertos o casi resueltos, cuyo sentido y futuro pretende desentrañarse proponiendo pautas para dirigirlo. No se trata ya de la autoconciencia del fracaso ligada al componente programático, sino de conjurar fracasos a través de novelas que canalicen simbólicamente los estigmas hacia su reconocimiento-aceptación por dialogar con lo superador. Son potentes máquinas de contar que trazan un proceso y conforman un sistema representativo de cierta percepción de la realidad; impulsadas por un afán también totalizante, arremeten con todos los paisajes geográficos y humanos de Venezuela, intentando suturar discontinuidades

por la posesión de saber (como la escritura de Bolívar) que se tiene la responsabilidad moral de transmitir. Son máquinas que obligan a desencajar la mirada de un centro urbano hacia los bordes y están guiadas por la idea moderna de que la ausencia de cualquier parte implica la inexistencia del todo; armadas sobre la base de un juego sutil que concilia un saber contar, un saber como bagaje informativo y cierto imaginario operando como sistema genotextual, cuyos enunciados performativos, bajo la apariencia de querer decir cómo una realidad es, aspiran a hacer ver el mundo y hacer creer cómo el mundo es desde un prisma determinado, que si bien se alza como contra - poder, goza de un privilegio: producir discurso sobre dicho mundo.²⁶ Y en este sentido, también está la construcción de la propia imagen, es decir, la legitimación de su perfil de traductor, de “mediador simbólico” (Ortiz) o tipo de actor que, aun desde una postura menos prepotente, resulta guía imprescindible para un ejercicio transformador de un sistema establecido, pero degradado. Nuevamente son artefactos que, como aquellas construcciones primeras de unos modelos racionales de nación, también participan de los juegos de memoria-olvido, estableciendo cuáles son las instancias que deben reconocerse como parte de una historia común, así como lo que ha de desecharse, y de los juegos de distribución de lugares precisos, desde ejercicios de devoramiento / blanqueo de lo perturbador estableciendo nuevas jerarquías (permitiendo recuperar en muchos sentidos, la noción de proceso de configuración). No se trata, por ejemplo, del afán de Bolívar por enmarcar la forma deseada en la ley escrita, sino de sobrestimar dicha categoría respecto de la noción de poder, reafirmando entonces como esencial desde el advenimiento de la idea de Estado, y más que nada -como desprendimiento de esta concepción-, de examinar su continua transgresión, o el condicionamiento que puede guiar la ampliación -rectificación de la norma, así como su interpretación - manipulación como

hecho discursivo por parte de inescrupulosos. Como se ve, a pesar de la brevedad de mis anotaciones, en estos textos también magistrales, juegan el orden del saber, el del deber y el del poder hacer a través de la palabra, como cuando empezaban a funcionar las representaciones globales y el narrar ya se pensaba -por admitir una pluralidad de juegos de lenguaje- como la posibilidad de la experiencia optimista de lo deseado.

Notas

1. Este artículo es una versión modificada de una conferencia presentada en el Foro "Crisis de la Nación. Crisis de la Cultura. Crisis de la Educación", 3ra Feria Internacional del Libro Universitario (FILU)- Mérida-Venezuela (del 10 al 18 de junio de 2000)
2. Las acepciones son : I. 1.distinción, separación / elección –juicio; II. 2.con-tienda/ 3.decisión , sentencia/ 4.condenación/ 5.justicia, derecho/ 6.tribunal/ III. 7.resolución –resultado/ 8.crisis de la enfermedad (Cfr. Miguel Balague: 408)
3. Estas observaciones surgen de un estado de la cuestión bibliográfica sobre la idea de nación (inédito) desarrollado para un proyecto en curso.
4. Las expresiones son de Jean Baechler: 10.
5. Benedict Anderson usa el concepto de "artefacto". No es ocioso recordar su definición de nación como "comunidad imaginada", e imaginada con sus características inherentes: "limitada" e "independiente" (Ver Imagined Communities: Introducción).
6. En este sentido y respecto de Latinoamérica ver el clarificador ensayo de A. Rama, las investigaciones de J. Ramos (I-II) y de B. González Stephan :17-47.
7. Ejemplos recientes examinan la cuestión especialmente desde el estudio de Doña Bárbara. Ver, por ejemplo, José Castro-Urioste, o Julie Skurski. Es posible, además, encontrar referencias en estudios generales, abocados a la descripción de procesos y poéticas de la literatura venezolana. Pienso,

por ejemplo, en Javier Lasarte.

8. Para un desarrollo exhaustivo, ver Mónica Marinone, *Escribir novelas. Fundar naciones*.
9. Examinó la relación Sarmiento-Gallegos en *Ibídem*: 60-83.
10. Se estima que Bolívar produjo más de diez mil documentos. Cfr. *Doctrina del Libertador (Nota del Compilador)*: XXIX.
11. Relaciones propias del gran relato del Iluminismo francés .
12. Cfr. A. Rama, y W. Mignolo.
13. La "Carta de Jamaica" es, además, un texto fundacional en el sentido de deconstruir argumental y lingüísticamente una matriz de pertenencia -España-, a la que se renuncia y degrada, e instaurar al mismo tiempo un nuevo sistema de referencia, una "Europa" rediseñada por Bolívar (de la que España es excluida).
14. Cito algunos ejemplos: "Ley contra los defraudadores de la Renta de Tabaco", "Ley de Repartición de Bienes Nacionales", "Decreto de Creación del Consejo de Estado", "Decreto en favor de los indígenas", "Decreto de Creación de Juntas Provinciales de Agricultura y Comercio", "Decreto sobre los derechos del indio", "Decreto sobre distribución de tierras a los indígenas", "Decreto sobre sistema educativo de la Nueva nación Boliviana", "Decreto sobre preservación de las aguas y conservación de los bosques", "Decreto de libertad de los esclavos", etc. Ver S. Bolívar.
15. "Hoy se piensa, como nunca se había pensado, se oyen cosas, que nunca se habían oído, se escribe, como nunca se había escrito, y esto va formando opinión en favor de una reforma, que nunca se había intentado, LA DE LA SOCIEDAD". Cfr. S. Rodríguez: 175 (El subrayado y mayúsculas son de S. Rodríguez).
16. "...nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte,... más bien es un compuesto de África y de América,..." Cfr. S. Bolívar ("Discurso de Angostura"): 110.
17. En relación con los esclavos, para muchos historiadores las causas determinantes de la resolución de Bolívar son, por un lado, el peligro que representa este sector, alejado de los intereses criollos, capaz de formar parte, tanto de las filas de los españoles, como de las americanas (es conocida su opinión sobre las revueltas de "negros", mil veces peor que una invasión española). Y por otro, la necesidad de captar hombres para sus

- contienidas, necesidad explicitada a continuación del beneficio de decretar su rango de ciudadanía. Ver, Miguel Acosta Saignes: 135-136 ("Decreto de libertad de los esclavos", 1816; "Llámanse a filas todos los ciudadanos útiles comprendiendo en ellos a los antiguos esclavos...", 1818).
18. Citado por A. Mijares en S. Bolívar: XIII.
 19. S. Bolívar ("Carta al general Juan José Flores" -1830-, "Carta a Estanislao Vergara" -1830): 321; 323.
 20. Citado por José Lezama Lima: 122.
 21. S. Bolívar ("Última proclama a los pueblos de Colombia"-1830): 326.
 22. D. F. Sarmiento : Cap. II .
 23. "La novela, composición antes frívola, a que la pintura de las grandes pasiones había dado tanta elocuencia, ha sido absorbida por el interés histórico. Se le ha pedido no que nos cuente aventuras de individuos, sino que nos lo muestre como testimonios verdaderos y animados de un país, de una época, de una opinión. Se ha querido que nos sirviese para conocer la vida privada de un pueblo; ¿y no forma ésta siempre las memorias secretas de su vida pública?". Cfr. Andrés Bello : 187.
 24. Cfr. "Una posición en la vida".
 25. Sigo a Jitrik: "Entendemos por 'acción discursiva' un 'querer hacer' del discurso... y no meramente un 'querer decir' ..." (25).
 26. En la brecha de los ciertos narradores realistas franceses (Bourdieu).
 27. En la forma narrativa encuentran sitio enunciados denotativos, enunciados deónticos, enunciados valorativos, enunciados interrogativos, etc.

Bibliografía

- Acosta Saignes, M. (1983). Introducción a Simón Bolívar, México : Siglo XXI.
- Anderson, B. (1987). Imagined Communities. London and New York: Verso.
- Baechler, J. (1997). "La universalidad de la Nación", (M. Gauchet, P. Manent y P. Rosanvallon dir.). Nación y Modernidad. Bs.As: Nueva Visión

: 9-28.

- Balague, Miguel. (1971). Diccionario Griego-Español. Madrid: Bibliográfica y Santiago Rodríguez.
- Bello, A. (1976). Antología de Discursos y Escritos (Ed. José Vila Selma). Madrid: Editora Nacional.
- Bhabha, H. (ed.) (1991). Nation and Narration. London -New York: Routledge.
- Castro-Urioste, J., "La imagen de Nación en Doña Bárbara", Revista de crítica literaria latinoamericana. Año XX, No 39, Lima (1er semestre de 1994): 127-139.
- Bolívar, S. (1979). Doctrina del Libertador. Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Bourdieu, P. (1995). Las reglas del arte. Barcelona: Anagrama.
- de Certeau, M. (1996). La invención de lo cotidiano. México: Universidad Iberoamericana.
- Delannoi, G. (1993). "La teoría de la nación y sus ambivalencias", Delannoi-Taguieff, Teorías del Nacionalismo. Barcelona: Piados : 9-17.
- Fuentes, C. (1969). La nueva novela hispanoamericana, México: Joaquín Mortiz.
- Gallegos, R. (1977). "Una posición en la vida", Vida y Literatura. Bs. As.: Publicación de la Embajada de Venezuela.
- García Canclini, N. (1995). Consumidores y ciudadanos. México: Grijalbo.
- González Stephan, B. (1996). "Economías Fundacionales" Cultura y Tercer Mundo (González Stephan Comp.). Venezuela: Nueva Sociedad :17-47.
- Guerra, F. Xavier, "La nación en la América Hispánica: el problema de los orígenes", Nación y Modernidad, op. cit: 97-120.

- Jitrik, N. (1992). Historia de una mirada. El signo de la cruz en las escrituras de Colón. Bs As: Ed. de la Flor.
- Kant, I. (1941). "Respuesta a la pregunta ¿Qué es la Ilustración?". Filosofía de la Historia, (Pról. y trad. E. Imaz). México: El Colegio de México.
- Lasarte, J. (1995). Juego y nación. Caracas: Fundarte.
- Lezama Lima, J. (1993). La expresión americana. México: F.C.C.
- Marinone, M. (1999). Escribir novelas. Fundar naciones (Sobre Rómulo Gallegos y la experiencia venezolana). Venezuela: Ed. El Libro de Arena.
- Mignolo, W. (1991). "Literariedad y Colonización: un caso de semiosis colonial", SyC- No 2 (Bs.As.): 91-118.
- Ortiz, R. (1997). Otro territorio. Bs. As: Universidad de Quilmes.
- Piglia, R. (1999). Formas Breves. Bs. As: Temas Grupo Editorial SRL.
- Rama, A. (1984). La ciudad letrada. Hanover : Ediciones del Norte.
- Ramos, J. (1989). Desencuentros de la modernidad en América Latina. México: FCE (I-II).
- Rodríguez, S. (1982). INVENTAMOS O ERRAMOS. Caracas: Monte Ávila.
- Rodríguez-Vecchini, H. (1991). "La visión ciega", Paul de Man, Visión y Ceguera. Puerto Rico: Edit. de la Univ. de P. R. : IX-LI.
- Sarmiento, D.F. (1993). Facundo. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Skurski, J. (1994). "The Ambiguities of Authenticity in Latin America: Doña Bárbara and the Construction of National Identity", Poetics Today, vol. 15:4 (Winter): 605-642.